

XXXII

¡Y bueno! ¡Ya estuvo, ya fue! ¿Te enteraste, Mordisquito? ¿Vos no fuiste? Claro, ¡qué vas a ir! Pero no me digas que no escuchaste el himno de la gente enloquecida por la alegría, que no leíste las crónicas de ese momento enorme, que no viste las fotografías de todo ese impresionante amor. ¡Ya estuvo, ya fue, Mordisquito! ¡Te hablé de millones, y fueron millones! ¡Te anuncié que un pueblo se movía cantando bajo las banderas, y estuvo el pueblo, estuvo, como te lo dije, de pie para pedir lo que quería y lo que necesitaba, y lo ha conseguido, y vuelve a ser feliz. Vos no dejaste que los tuyos salieran a la calle. A lo mejor, vos fuiste uno de esos que llamaban a las puertas y, cuando encontraban la rendija, metían por la rendija el filo misterioso del chisme. «¡Shhh, atenti! Venimos para aconsejarle. Mañana, veintidós, quédense en casa. ¡Shhh, atenti, ojo! Van a pasar cosas. ¡Shhh!» ¡Y sí, y claro, pasaron cosas... pero históricas, maravillosas, soberanas! ¿Entendés, Mordisquito? La calumnia, el rumor infame, el sabotaje chiquito de los incrédulos, ¡todos los recursos del despecho y de la murmuración, fueron impotentes para manchar la estrella que los argentinos leales entendimos ayer! Llegó el pueblo, ese pueblo ayer apaleado y hoy redimido y se metió

en las calles, no gritando muertas, sino vítores de cariño. Y no traían ni revólveres, ni taleros, ni chuzos, ni las cachiporras de otros años lastimosos, sino que traían fervor en bolsas, Mordisquito, y lo derramaron pidiendo a gritos. Pero vos sabés lo que pedían. ¡No me digas que no lo sabés! No pidieron lo que siempre pedía antes el pueblo: que algo terminase para ver si, empezando de nuevo, algo los mejoraba. No, no, al contrario. Pidieron que algo siguiese —y seguirá— para el bien de los que creen, para la felicidad de los que no creen, para el milagro de todos. ¡Seguirá, Mordisquito! Porque puedo equivocarme yo, vos... podemos equivocarnos cien, ¡pero no pueden equivocarse millones! Y no son millones que están a la espera de promesas y que vitorean dos nombres pensando en las promesas. No, no; son millones que han recibido ya una vida nueva, ¿me entendés?, y quieren que esa vida siga. ¿Cómo querés oponerle al bienestar de la tremenda, de la absoluta mayoría, ese resentimiento tuyo, pequeño resentimiento, Mordisquito; esa negativa tuya que no se apoya en una convicción sino en una obstinación? Vos te enteraste, vos sabés, te contaron o lo leíste, que en tu patria hay millones de personas inmensamente felices que vinieron desde todos los caminos para pedir, para rogar, para exigir la presencia de una mujer y un hombre. ¿Y sabés por qué? Porque esa mujer y ese hombre ¡han sido los promotores de su felicidad! ¿Para qué creés que vinieron? ¿Para qué creés que llegaron, y no de la vereda de enfrente, no de los barrios a media hora del centro, sino de Misiones, San Antonio de los Cobres o el más lejano puerto del sur? No vinieron a provocar, a pelear, a discutir, a llenar las calles de tristeza, de horror y de miedo, sino a llenarlas de entusiasmo, de emoción y de esperanza. Y ahora que el pueblo iluminado consiguió lo que quería y lo que merecía,

el pueblo vuelve a sus hogares, al hogar de allí enfrente o al que está a mil kilómetros. Vuelve riendo y gritando, demostrando gran cultura, sin hacer daño a nadie, sin pólvora y sin machete. ¡Puro amor, Mordisquito, puro y radiante amor! ¿Todavía no entendés el mensaje? ¡Vamos, a mí no me lo cuentes! ¡Podés encogerte ante el telegrama de uno, pero no ante la jornada de auténtica democracia que ayer ofreció la muchedumbre en marcha! No, Mordisquito, hoy menos que nunca, ¿podrías contarme que todavía no entendés y no respetás? ¡No, no, a mí no me la vas a contar!

XXXIII

¡No, no, Mordisquito! ¡Asociación de ideas! ¡Vos sabés lo que quiere decir! ¡Claro que lo sabés! Una idea te conduce hasta otra idea y, de idea en idea, el pensamiento viaja como una pelota de golf, hasta que lo embocás en un hoyo que quedaba muy lejos del punto de partida. Pensás en el mate —por ejemplo— y del mate pasás a la yerba, y de la yerba a la vieja historia de los mensús explotados. ¿Me comprendés? ¡Asociación de ideas! O si no, pensás en una fiesta popular, una fiesta como la del 22 de agosto, y pasás a otra fecha, 11 de noviembre, y de los comicios de 1951 —que es como si te dijera los comicios de 1946—, de allí, ¿sabés adónde pasás, adónde pasamos? ¡A la farsa electoral de una época ahora derribada y suprimida! ¿Me seguís comprendiendo? ¡Asociación de ideas, Mordisquito! Porque a mí no me vas a contar cómo votarás en noviembre, cómo votaste hace cinco años, *¡y cómo votabas hace veinte!* ¡No, a mí no me la vas a contar! Yo no te hablo de tu sufragio en sí, de la opinión libre y honrada y respetada que dejarás caer en la urna. No, no, yo te hablo de otra cosa, ¡vos sabés muy bien de qué! Yo te hablo de aquella indignidad que se había hecho costumbre, de aquellos comicios donde los malevos opinaban a balazos y donde tu

opinión merecía tan poco respeto como tu libertad o tu vida misma. Entonces no importaba cuáles eran los hombres amados por el pueblo, y el poder pasaba de mano en mano, no como una preciosa conquista de los humildes sino como una componenda de compinches. Entonces el escrutinio no era una ceremonia sino una complicidad. Entonces, algo tan importante y tan trascendente como la elección de un funcionario que iba a presidir, no la comisión de fiestas del Club Jazmines Juveniles, sino los destinos de una patria, algo tan legítimo y tan sagrado como esa elección, se convertía en la comedia vergonzosa de los que hacían saltar los lacres de la urna o en el descarado de los compadritos a sueldo que te señalaban el cuarto oscuro con el caño del revólver. ¿Te acordás, Mordisquito? Eran los años del comité que chorreaba vino barato y olía a empanadas gratuitas; los años en que los muertos abandonaban su indiferencia y se incorporaban a la caravana de los que votaban al oficialismo; los años en que la libreta de enrolamiento no era un documento sino una changa; ¡la época en que asomarse al padrón era como asomarse a la infamia! Entonces —no me digás que no te acordás—, salir rumbo al comicio no era lo que fue en 1946 y lo que será en 1951: ¡una sencilla y respetuosa atribución con garantías! ¡Salir para el comicio era una aventura que olía a provocación, a sablazos y a pólvora! El padre de familia salía a votar y la familia se quedaba rezando. Porque en una de éstas había un cambio de opiniones y el sufragante volvía... ¡no, no volvía!, *lo traían*, y a cambio de la libreta de enrolamiento le habían dado un tajo o un balazo, ¡y no exagero! ¡No, no; vos no podés decirme que exagero! Vos votaste conmigo en esas épocas de la chicana, la desfachatez y el fraude, y entonces mis palabras de ahora, las palabras con que estoy jugando al golf entre dos fechas, tienen que meterse en

tus convicciones y resonar allí dentro con una retumbante franqueza de campana que no me podrás desmentir. ¿Entendiste, Mordisquito? *Asociación de ideas*, enlace de una mesa electoral presidida por el talero del fascineroso y de estas mesas que te dieron hace cinco años y que volverán a darte para que opinés como vos quieras, en plena, en absoluta, ¡en tranquila disposición de tu libertad, de tu vida y de tus deberes! ¿Verdad que estás asociando ideas, Mordisquito? ¡Andá, jugá un poco al golf y verás qué bien te hace! Porque a mí no me vas a contar que no te gusta jugar de esta manera. ¡No, a mí no me la vas a contar!

XXXIV

¡Claro, Mordisquito, yo conozco la calidad de tu disgusto o de tu desprecio! —porque vos despreciáis y porque vos estáis disgustado—. ¡Y sé por qué estás disgustado! ¡Porque tocan mal el arpa! ¿Qué? ¿Que no sabés de qué arpa te estoy hablando? Dejáme que te cuente, Mordisquito, porque esto le pasó a Pepe —un amigo— y Pepe se parece mucho a vos. Fuimos él y yo al circo y empezó el número de un equilibrista. ¡Descomunal el equilibrista! Se subía a una escalera parada de punta y al llegar allá arriba ponía un banquito, sobre el banquito un tarro de yerba, después del tarro un asiento de bicicleta, ¡también haciendo equilibrio el asiento! Y allí se sentaba él, y mientras la escalera daba vueltas sobre sí misma este bárbaro hacía juegos malabares con tres botellas en las manos, con los dos pies tocaba el arpa, ¡y, claro, todos aplaudíamos como locos! ¡Figurate! ¡Un número estupendo! Pero Pepe movió la cabeza como la movés vos, desdeñando, ¿y sabés qué dijo?: «Sí, bueno, ¡pero el arpa no la toca bien!» ¿Y qué querías? ¿Un concierto de la Wagneriana? Jesucristo se asomó sobre el perro muerto y descubrió que sus dientes eran hermosos, pero ni Pepe ni vos buscan los dientes del perro sino que buscan el arpa del equilibrista. Y sí, ya lo sé. Toda obra

monumental puede ser criticada mezquinamente, pero no por el monumento que no admite discusión sino por el detalle que no tiene importancia, el detalle tan chiquito como el que lo critica. Y eso hacés vos; en ese plan mental te colocás vos. Viste avanzar por las calles dos millones de personas felices, y en vez de dejarte arrastrar por el río de su felicidad, dijiste: «Sí, pero mirá como están de cansados... ¡Jeh!... ¿Y esta noche? ¿Esta noche dónde van a dormir?» ¡Y si, ya lo sé, y a mí que me importa! Yo sé que durmieron. ¿Y aunque no hubiesen dormido? ¿Con eso qué? ¡Si ellos no habían venido para dormir sino para demostrar que estaban despiertos! ¿Entonces? ¿No podían darse el lujo de sacrificar una noche de sueño, ahora que tienen el sueño asegurado por todas las noches de su vida? ¡Pero, claro, mientras ellos cumplían fervorosamente con la música de sus corazones, vos la seguías con el arpa! Pero, dejá el arpa, Mordisquito, no busqués injustamente el detalle mínimo porque vos no podés asomarte a la mañana de un día radiante y decir: «¡Sí salió el sol! Pero abajo de ese árbol hay sombra!» ¿Y por qué te vas a fijar en la sombra si hay sol? Es como si en una cancha de fútbol, de pronto, faltando un minuto para finalizar el partido, un arquero atajase un penal y salvase así el campeonato, y vos dijeras: «Sí, el penal lo atajó, pero quedó todo embarrado». ¿No ves que eso es criticar el arpa? ¡Es como si protestases contra el transporte por que los ferrocarriles son nuestros y los tranvías y los ómnibus, pero vos subís y comprás el boleto y resulta que el boleto no es capicúa! Pero, ¡qué barbaridad! ¡No te lo dieron capicúa! ¿Entonces, qué hacés que no pedís el libro de quejas? ¿Entendés, Mordisquito? No es posible enfrentar este iluminado mundo de las conquistas enormes, y enfrentarlo desde el rincón de las arañas, revisando los hechos con la lupa de tu mal humor y

tu mala voluntad. Hay sol, Mordisquito; sol a baldes, y vos no podés despreciar ese sol únicamente porque entrás en el sótano y está oscuro. Ponéte en el plano del sentido común, y a la grandeza que te ofrecen considerála con la grandeza de tu ánimo, no con la pequeñez porque vos tenés un centímetro de hule. Y con eso no podés medir el Aconcagua. ¡Se te acaba el hule, Mordisquito! ¿Entendés lo que quiero decirte? ¿Sí, entendés? ¡Hay que aplaudir al equilibrista y ponerle un moño al arpa! Si hace un millón de cosas, ¿qué te importa que el arpa la toque mal? ¿Sí, Mordisquito? ¿Verdad que sí? ¡No seas obstinado y decíme que meterás el moño, no la púa! Porque a mí no me vas a contar que conocés el detalle chiquito y no conocés la obra... ¡inmensa! No, a mí no me la vas a contar!

XXXV

¡No, Mordisquito! ¡Te hablo de lo de Burzaco! Vos no fuiste nunca, no, pero yo sí quería tener frente a mis ojos ese precioso mundo de los ancianos felices y respetados. Y no fui a un asilo; no, Mordisquito, ahora ya no hay asilos. Yo fui a un hogar, donde los hombres viejos recobran su vida respetable y vuelven a ser útiles con la más serena y hermosa utilidad.¹ Y hoy se cumple una fecha, Mordisquito. ¿Sabés cuál? ¡No me digas que no la sabés! Hoy hace tres años que el presidente de la República recibió la declaración de los Derechos de la Ancianidad. Yo sé que a vos esto no te va ni te viene. Primero, porque sos joven todavía, y después porque vos tenés una estrecha costumbre, Mordisquito: observás únicamente lo que pasa a tu alrededor, en tu hogar, tu familia o tu ambiente. Y, claro, los ancianos de tu familia siempre vivieron una vejez tranquila, sin las alternativas del desamparo o el hambre, y tus padres son dos amigos dichosos, y la abuela un amor sin problemas, que vive sus últimos años envuelta en el cariño bochinchero de los nietos, y

¹ Alude al Hogar de Ancianos de Burzaco, perteneciente a la Fundación Eva Perón y modelo en su género. (*N. del E.*)

es la flor nevada de la familia. Una rosa blanca que se va inclinando de a poquito y que cuando llegue el momento se quedará quietita, así, como ha vivido: amorosamente, Mordisquito, querida y resguardada. Una flor de esas que uno guarda luego entre las hojas de un álbum, para siempre, y, claro, vos nunca conociste otros ancianos que éstos. Y entonces yo te hablo del paraíso de Burzaco, te menciono no el asilo humillante sino el hogar digno, te recuerdo la fecha de esta enorme conquista y vos no entendés ni mis palabras ni mi intención. No las entendés porque vivís en un mundo que nunca tuvo ni expectativas ni angustias. Pero había otros viejos, Mordisquito, los tristes y los solitarios, los que giraban lentamente para mirar el camino recorrido y se hacían esta pregunta sin esperanzas, esta pregunta inhumana y terrible: «Para qué caminé? ¿De ese camino, qué me queda? ¿Qué quise tener, qué soñé tener y qué tengo ahora?» ¡Ah, vos no supiste que existían estos viejos! Y, claro, en tu familia la vida no era una hipoteca sino un premio. La juventud, Mordisquito, es una bandera alegre y flameante, y saltamos las barricadas de la vida con ella en alto, cantando y desafiando. Después, cuando llega el crepúsculo y avanza la caravana cansada de los viejos, hay que envolver la bandera y guardarla melancólicamente como un trofeo de las batallas ganadas y perdidas. Pero a veces los ancianos olvidados y despreciados debían volver al combate, a ganarse la vida que se habían ganado mil veces, y en las manos fatigadas aquella bandera de los impulsos jóvenes se convertía —¿sabés en qué?— en la marejada del andrajo, Mordisquito. Lo que debía conservarse como una reliquia se arrastraba como un harapo. ¡Y sí, ya lo sé, vos no conociste este dolor de los viejos tirados a la calle! No, no; en tu familia los abuelos sonreían, y yo no me levanto contra esa sonrisa,

¡no, qué esperanza, al contrario, la bendigo! pero sí me levanto contra la negligencia y contra la indiferencia de otros tiempos. ¡Miles y miles de ancianos salvados de la infamia y del hambre, techo para todos, pensiones a la vejez, descanso y respeto en sus últimas horas, y no la limosna sino la dignidad, y no el asilo, sino el hogar! Mordisquito, andá a Burzaco. ¿Qué te cuesta? ¡Está tan cerca! ¡Yo te llevo! Porque lo que te digo son palabras, y allá están los hechos, los hechos que vos te obstinás en no reconocer. Porque a mí no me digás que lo tuyo es convicción. ¡No, no; lo tuyo sigue siendo obstinación! ¡Y, claro, a mí no me las vas a contar!